

# Luis Mateo Díez

## Los ancianos siderales



LUIS MATEO DÍEZ

# Los ancianos siderales

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2020

© Luis Mateo Díez, 2020  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 12077-2020  
ISBN: 978-84-18218-38-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Guchi y Luz, in memoriam*

I

LAS EDADES CONGÉNITAS

## Caverna, media mañana

En la media mañana de aquel 13 de abril cayó un pájaro al pie del pozo artesiano del patio de la Convalecencia y, de los tres internos que merodeaban con la inquietud de un mal que no acababa de curarse, fue Omero el que primero se percató y, antes de decidirse a recogerlo, observó a los otros dos para comprobar que no se habían dado cuenta.

Cardo y Candín eran de todos los internos del Caverna los que más males padecían y los que con mayor inquietud los cultivaban, hasta el punto de haber encontrado el mejor entretenimiento en la contabilidad de los mismos y un acicate para que la zozobra no disminuyera.

Entre los enfermos el mal solía asumirse con la confianza que proporciona un padecimiento asimilado en la rutina, y nadie se vanagloriaba ni se lamentaba de lo que suponía, con la excepción de Candín y Cardo, empecinados en el cultivo de la dolencia para que la tranquilidad no los anonadara.

Omero se acercó al pájaro y, antes de que Cardo y Candín, llegaran a su espalda, lo cogió y lo guardó en el bolsillo del pantalón, convencido de que ellos no lo habían advertido.

–No es lo que vale un peine –iba diciendo Candín a su espalda, cuando todavía Omero no se había vuelto–. Es lo que vale la pericia del peluquero o la calva de quien no lo necesita. Un peine o una guadaña, según se trate de un pelado al cero o del corte que precisa la alfalfa, cuando madura el forraje. Me duele la rabadilla, estoy doblado.

Omero se encogió de hombros.

El pájaro había caído limpiamente; tenía las plumas de los otros que había recogido en parecidas ocasiones y el pico azafranado con que su amigo Marlo cuantificaba la señal, muy atento también a las expectativas y los avistamientos.

–Hay una tendencia a que nada falte cuando menos se necesita –dijo Cardo cuando Omero estuvo muy cerca de ellos–. Yo no sé lo que tiene que ver un deseo con una interrupción. Quieras o no quieras, según venga a cuento y, en último caso, cedes parte de lo que ganaste o te quedas a dos velas. El que calla, otorga. y el que mira para otro lado no tiene disculpa. Conviene estar a las duras y a las maduras. Es la jaqueca la que me despierta, sin aviso.

–Bueno –dijo Omero que volvía a encogerse de hombros y metía la mano en el bolsillo para palpar al pájaro– yo la verdad es que me voy reponiendo aunque siga sin muchas ganas. La compañía me sirve para tener menos necesidades y lo que más quiero es que el doctor Belarmo no me vuelva a medir las orejas. Tampoco me gusta la cicuta ni uso aceite de ricino en vez de colonia. Así me luce el pelo, no como a otros que se les cae lleno de rendijas.

Cardo y Candín regularon para en seguida emprender, uno al lado del otro, la vuelta al pozo artesiano, sin que Omero se decidiera a ir tras ellos.

–No hay que dar el parte de nada –dijo Candín volviéndose, cuando Omero acariciaba al pájaro con la mano y sentía lo que podía ser una palpitación, al aprisionarlo más de lo debido en el bolsillo–. Lo que se es y lo que se tiene es lo que cada cual administra, y allá películas. Yo no quiero que el doctor Belarmo me ponga el fonendo en las varices y, sin embargo, siempre queda algo por auscultar donde menos se piensa. Es el caso de una prima mía que, tras muchos años de molestias y abortos, le hicieron una auscultación en la cadera y comprobaron que tenía la pelvis del revés, igual que un embudo al que le hubieran dado la vuelta. Entonces el marido de mi prima dijo que con aquella cavidad el matrimonio no era válido

ya que, como mucho, resultaba inconcluso, y se fue con viento fresco. Este hombre, si todo hay que decirlo, padecía una hernia inguinal que se le salía cuando se esforzaba más de la cuenta. La protusión no era operable. Una inguinal puede resultar más laboriosa que una de disco o de hiato. Todas son muy perjudiciales, ninguna es de recibo. Yo prefiero la urticaria.

Entre Cardo y Candín existía una similitud que Omero percibía sin darle importancia y ahora, cuando iban delante de él, los veía como dos figuras rezagadas que compartían el mal con la resignación de quienes jamás disfrutaron de los bienes terrenales y, en lógica correspondencia, de la salud que los hacía apetecibles.

Omero no tenía esa condición del enfermo querencioso que profesionaliza la enfermedad para que en el mundo no haya otra cosa que el mal que la contiene, de manera que la vida tenga solamente la exclusiva de esa contingencia y con ella se pueda subsistir.

Para Omero, más allá de las precariedades crónicas, que frecuentemente le llevaban a la enfermería, había otros intereses y dedicaciones, y no era un habitual del patio de la Convalecencia, el más solitario del Caverna y el que más infundía la reserva de un temor que entre los internos nadie mencionaba, ya que el pozo artesiano ocultaba el secreto de algunas

muertes o desapariciones envueltas en el tiempo remoto en el que el edificio tuvo otros destinos.

Para Omero ir detrás de Cardo y de Candín era también una suerte de disimulo que además satisfacía comparativamente su situación; menos enfermo que ellos, sin zozobras e inquietudes, apenas alterado por la aversión al fonendo del doctor Belarmo y a lo que sus orejas significaban en su curiosidad profesional.

El pájaro palpitaba, las plumas tenían una suavidad que parecía contraer la palpitación en la yema de los dedos que a Omero le producía el regusto de una vida diminuta a punto de extinguirse.

—Hoy estamos peor que ayer —musitó entonces Candín cuando iba unos pasos por delante de Cardo, con aparente intención de no hablar con nadie, como si repitiese para sí mismo el diagnóstico de una edad caduca—. La pena de dar tantas vueltas sin ir a ningún sitio se parece a la del que no se mueve porque no tiene ganas. Cualquiera día me siento y no vuelvo a levantarme. Doy cuatro cabezadas, evito las contradicciones y las condolencias y me hago el sueco, como si ni mi vida ni mis flatulencias tuvieran otro sentido que el de la reverberación y el estado de sitio. No voy a acomplejarme con cualquier desaguisado, sabiendo que en la existencia humana hay criterios que parecen de ultratumba. Donde no crece la hier-

ba, no hay guadaña que valga. Me doblo como una esquina.

—Yo no tengo paciencia para contar lo mismo con los dedos de la misma mano —musitó Cardo alterado, y cerró el ojo derecho con la inquina de una amenaza—. Los que vengan detrás ya pueden arreglarse con lo que puedan, porque de mi parte ni una raspa conseguirán. No soy un hacendado pero tampoco un pusilánime. El bien se lo curra el que tiene tiempo y ganas, el mal no necesita esfuerzo, aflora sin regarlo y el campo está lleno de plantas marchitas y cardos borriqueros. Podía contar lo que le sucedió a un primo mío al que mató la hombría de bien, la probidad que le cegó la razón y lo hizo inocuo, pero ahora no tengo ganas, igual mañana cuando desayunemos, por si acaso o por si no fuera adecuado. Hay muertes que rechinan, sobre todo cuando al que matan no lo entierran como es debido, según lo que supuso su acabamiento. Estoy reumático.

Omero les vio alejarse del pozo.

Caminaban uno al rabo del otro en una dirección imprecisa que lo mismo podía llevarles a la esquina del Ramo que a la de la Gárgola, o dejarlos aislados sin que las cabezas conectaran con la indicación de los puntos cardinales de la Convalecencia, siempre confusos en el patio donde los enfermos tenían las menores posibilidades de curación.

Omero se escondió tras el pozo, cuando ellos ni siquiera volverían la cabeza por la curiosidad de saber si seguía a su lado o, como casi siempre, los abandonaba a su suerte tras haberlos regañado y echado en cara lo poco que valían, lo malos que estaban y el olor que despedían al aceite requemado de las sartenes y al azufre con que el doctor Belarmo les frotaba la cabeza.

Sacó el pájaro del bolsillo; ya no palpitaba pero el pico se abría en un suspiro.

Lo acercó al oído y se mantuvo prestando atención a lo que el suspiro supusiera si algo todavía pudiese escuchar, si quedaba un mensaje o una notificación, según las instrucciones de su amigo Marlo, como resultado de los avisos y avistamientos, ya que los pájaros seguían cayendo de acuerdo a las previsiones y entraba en lo posible una indicación o contraseña.

De lo que el pájaro pudiera decir no iba a quedar constancia y, sin embargo, afinando el oído como en tantas otras capturas, podría escucharse lo que los más rezagados de las últimas bandadas, los que más tarde o más temprano terminarían cayendo sobre los patios del Cavernal, transmitían como un mensaje más o menos azaroso o confuso.

–Todo esto viene a cuento –se dijo Omero, muy satisfecho de que sus correligionarios avistadores pudieran constatar una vez más la idea, siempre obvia,

de que pájaro en mano vale más que ciento volando— de lo que las penalidades de la edad procuran y obtienen, que no es otra cosa que la necesidad de echarle imaginación a lo poco que nos queda. Alguien debe echarnos un cuarto a espadas para que haya nave o buque donde de nada valen los coches de línea o de punto, un vehículo que considere la estratosfera como una carretera comarcal o un camino de tierra, sin que las vías estelares pierdan las cunetas ni dejen de estar asfaltadas. Lo que viene a cuento es lo que en el Caverna se vislumbra o divisa, aquello que descubriremos sin necesidad de periscopio y escafandra, con el mero aviso de la pajarería y la retreta.

El pájaro había expirado y Omero sentía entre sus dedos, en las plumas cerradas, lo que quedaba del estertor, que fue lo último en el impulso de su caída, un vacío de lentitud y fuerza que derrotaba el vuelo, cuando probablemente el resto de la bandada ya se había esparcido como una mancha rota en la media mañana del Caverna, donde Cardo y Candín volverían a confundir los puntos cardinales de la Convalecencia.

—Digo también que nunca somos lo que queremos—convino Cardo, cuando Candín asentía con la cabeza sin preocuparse de lo que su amigo hablaba—. No hay mayor disentiimiento que el de la voluntad y el deseo, si lo que hace falta es cantarle las cuarenta al que se subió a la parra y quiere establecer un nue-

vo orden universal, así por las buenas. Me dan arcadas, se me revuelven las tripas.

—No lo somos —aseguró Candín, que tenía la sensación de haber visto caer un pájaro junto al pozo artesiano, y a Omero cogerlo disimulando para que ellos no se enterasen— y no hay bien que por mal no venga, aunque los pájaros donde mejor están es en las jaulas y no en el bolsillo del pantalón de quien anda ojo avizor. Yo la voluntad la perdí con menos años que la paciencia, y el deseo siempre me pareció el rasero de la desgana. Hay en el Caverna muchos que no se conforman y otean el horizonte como el firmamento de su frustración, o el recelo de aquello a lo que aspiran, igual vanidad para los mismos años, el propio tiempo de quienes enfermamos con la edad sin que haya vacunas. Voy a orinar, si no te importa.

—Mea y resiste, yo también estoy doblado.

## Refectorio, el mediodía

—Hay indicios y motivaciones... —mascullaría Omero cuando en el corredor de la Colación iban los internos como el rebaño que atiende al aviso de la campanilla sin que ningún eco sonara en sus cabezas, apenas esa redundancia del tintineo estomacal que avivaba el apetito—. Nada está perdido y no conviene dar el brazo a torcer. Los indicios van a la cuenta de resultados, las motivaciones al suma y sigue. Cualquier operación es buena.

El rebaño se esparcía por el Refectorio sin demasiado acierto en encontrar las mesas habituales, y las hermanas Clementinas, que se ponían los mandiles para manejarse con mayor celeridad y eficacia, ordenaban a los comensales evitando en lo posible los enfados y los desconciertos.

No había mucho ruido, a pesar de las desorientaciones y las réplicas. El silencio era la pauta en el Cavernal y las hermanas Clementinas lo guardaban como un voto utilitario que los internos

acababan asumiendo en su comportamiento, con el resultado con que en tantas otras cosas se asumía la regla de lo que semejaba una apacible disciplina.

Ordenados en las mesas, las expectativas ya solo se centraban en el alimento, y cuando las hermanas cocineras asomaban desprovistas de las tocas y con las caras sofocadas por los fogones todavía el silencio se acentuaba más, como si las complacientes figuras anunciaran la inmediata satisfacción de lo que siempre tenía el mismo regusto culinario.

No había otras voces en el Refectorio que las de las hermanas Clementinas ordenando y sirviendo.

No se escuchaban murmullos ni murmuraciones por encima del unitario sorber y las masticaciones averiadas, alguna aspiración atragantada y la salpicadura de las cucharas o el rayar de los tenedores.

La loza tenía similares quebraduras que las arrugas de las manos de los comensales, los dedos reumáticos, las uñas rotas, el descascarillado en el tra-jín de los fregaderos, un barniz decolorado por la corrosión de las infinitas sopas.

Había un rezo escueto antes del primer plato y una liviana acción de gracias tras el postre, y antes de que cualquier hermana batiera las palmas para que

los internos abandonaran el Refectorio, era habitual un murmullo que se consumaba en aisladas murmuraciones de disgusto e insatisfacción, que las hermanas corregían con poco agrado.

–No me llega la torrija –escuchó Omero, que era de los que siempre tardan en levantarse de la mesa– ni las mondas de la manzana. Me voy como vine y no hay miga ni para hacer una bola. Me quedo a verlas venir.

–Me cogiste el chusco y no me diste un sorbo –le dijo al oído el que tenía más cerca–. Yo no pinto nada entre los que todavía se peinan con raya aunque estén calvos. El postre fue la última cucharada.

–No te escabullas –le ordenó alguien al otro lado–. La pera que pelaste era la mía, igual que el bollo del desayuno, te cambias la chaqueta pero no te mudas. Con las pepitas no puedo conformarme, me rugen las tripas.

Omero hizo oídos sordos.

Por el corredor de la Colación el rebaño regresaba sin pastor ni llamada, y el liviano alboroto se centraba en la frustración de los insatisfechos, aquellos que nunca llegaban a saciarse y tenían el ánimo suspendido sobre el estómago como una amenaza o un desencanto.

Las hermanas Clementinas les dejaban irse, cerraban la puerta del Refectorio y no atendían a las

voces que pudieran escucharse airadas, ni tampoco a lo que sonara como una trifulca.

Los internos tardaban en desperdigarse, unos hacia los patios, otros hasta las salas de Paciencia y Reposo o a la galería de Vistas y los dormitorios. En cualquier caso, se trataba de un movimiento común que tardaba bastante tiempo en deshacerse, como si los pasos estuvieran recargados del plomo de las legumbres y rezumara la sopa en las varices.

La lentitud era un signo del Caverna y el tiempo estaba contagiado de la acción pausada con que la mayoría de los internos resolvía su desconcierto e indecisiones, con frecuencia contradiciendo los pasos y los movimientos de la voluntad, como si las artritis y la inflamación de las articulaciones desconectaran el deseo y la orientación.

A Omero le cortaron el paso Cabal y Saladino.

Se habían desviado del rebaño y avanzaban a trompicones cogidos de las mangas de las chaquetas, intentando alzar los bastones para hacer más contundente la amenaza.

—Eres el chivo expiatorio —gritó Cabal, y Omero se encogió de hombros e hizo un gesto desentendido mientras entre los dos lo arrimaban a la pared.

—No se mata el que quiere —dijo Saladino iracundo—. No me conformo con las sobras. No hay poste que no esté envenenado. Somos de la retaguardia, no lo olvides. La crisma te la partimos al medio.

–Me sobra el caldo, me pesa la fiambarrera, me duelen los tobillos cuando hago mal la digestión –advirtió Omero, al que ya tenían cogido por el cuello–. Soy de poco apetito, jamás rebaño nada.

–El chivo –gritó Cabal apretando el puño con saña–. Las escorreduras y el socarrado. Los que pasamos hambre no tenemos con qué hincar el diente, y como dice Saladino no se mata el que quiere, se mata el que lo merece, se le saca el higadillo.

–Podéis registrarme –se arriesgó Omero que respiraba con dificultad–. No hay raspa ni infundio. Lo que la espina del chicharro clava en el paladar, os lo juro. Soy esmirriado, tomadme el pulso.

–No te subas a la parra, estreñado, que el chivo no tiene escapatoria –dijo Cabal–. Estás vigilado y sabemos que avistas la intemerata con las cartas marcadas. La retaguardia se pone patas arriba y no hay salvación, ya lo sabes. Un capitalista menos, un proletario a la deriva. Vamos a hincharte los morros.

Omero vio a Cabal y a Saladino arrastrarse cogidos por las solapas, como si no quisieran desprenderse o la desconfianza incrementara su ira.

Respiró cohibido, le dolía el cuello.

El rebaño se había disgregado y en el corredor de la Colación solo quedaban dos internas que simulaban el juego de la oca y reían sin el conocimiento, tan propio en el Cavernal, de lo que la risa y el llanto tienen en común.

–Hay que avistar, y cuanto antes mejor –murmuró Omero para darse ánimo– o el viento y la fatiga harán de las suyas. Los días están contados y en el cielo no hay suficientes pájaros para tantas señales.